

tenia de dar su vida por la salvacion de los hombres. Quiso ir por la Samaria; y llegó á una ciudad de la provincia, en donde no le quisieron admitir, porque conocieron que iba á Jerusalén: tan viva estaba siempre la antipatía de los samaritanos con los judíos. Los dos hijos del Zebedeo, Jacobo y Juan, indignados de la afrenta que hacian á su Maestro, le dixéron: Señor, ¿quieres que hagamos que baxe fuego del cielo, y los consuma para vengaros de la afrenta que os hacen? El Salvador, que queria enseñarnos que el espíritu de sus verdaderos discípulos debía ser un espíritu de caridad y de mansedumbre, y que todo zelo duro y amargo es un zelo falso, volviéndose hácia ellos, les reprendió, diciéndoles: No sabeis con qué espíritu debéis obrar: el Hijo del hombre no ha venido á quitar la vida, sino á darla: no ha venido á perder á los pecadores, sino á salvarlos, y á usar con ellos de misericordia: sabed que yo quiero la misericordia y no la venganza (*Matth. 9.*); *porque no he venido por los justos, sino por los pecadores.* Dicho esto, pasó adelante, y fuéron á hospedarse á otro pueblo.

## §. XLIV.

*Predice Jesucristo su muerte,  
y todas las circunstancias de su pasion.*

**S**i la serenidad y la alegría se manifestaban hasta en el rostro de Jesucristo, no sucedia lo mismo en el corazon de los apóstoles: el temor de lo que habia de suceder los tenia en una profunda tristeza. Advirtióla el Salvador; y queriendo alentarlos, previniéndoles lo que habian de ver dentro de poco, los tomó á parte, y les dixo: Hijos míos, por fin vamos á Jerusalén, en donde se cumplirá todo lo que los profetas han predicho del Hijo del hombre; porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, los cuales le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para ser tratado con irrisión, para ser azotado y cubierto de salibas; y despues que le hubieren azotado y tratado con la mayor indignidad, le quitarán la vida. Os he predicho ya todo esto muchas veces para que

cuando lo veais suceder, sepais que nada sucede ni sucederá que yo no lo haya previsto antes, y que no esté en mi mano el evitarlo; pero si yo lo padezco, es porque he querido padecerlo; es porque conformándome con la voluntad de Dios mi Padre, he querido redimir á los hombres por medio de una muerte tan ignominiosa. El evento de esta prediccion, que bien presto veréis cumplida hasta en sus menores circunstancias, os debe responder de la verdad de la que voy á haceros; esto es, que resucitaré glorioso y triunfante tres dias despues de haber muerto en una cruz: la seguridad que os doy de que resucitaré, os debe alentar contra el escándalo de mi muerte; y el claro conocimiento que tengo de la una y de la otra, debe seros una prueba evidente de mi divinidad, por mas repugnante que os parezca, y por mas contraria y opuesta que se os figure una tal pasion, y una tal muerte á la cualidad de Mesías. El evangelio nos dice, que los apóstoles no comprendieron esta tercera prediccion, como tampoco habian comprendido las otras dos.

Aún no habia acabado de hablar el Salvador, cuando Salomé, madre de Juan y Jacobo, se llegó á él, y le pidió se dignase prometerles á sus dos hijos las dos primeras sillas de su reyno (*Luc. et Matth. 18. et 20.*). El Salvador no dió respuesta á la peticion algo ambiciosa de esta muger; sino que dirigiéndose á sus hijos, que eran los que la hacian hablar, les dixo: No sabeis lo que os pedis: mi reyno no es como vosotros lo imagináis: los primeros puestos de él no se dan al simple favor, sino al mérito; y el medio para merecerlos son los trabajos, las humillaciones y las cruces: ¿podeis beber el cáliz que yo he de beber? Esta expresion que se encuentra muchas veces en la Escritura, estaba muy en uso entre los judíos para significar las penalidades y las aflicciones. Podemos beberle, respondieron los dos hermanos. Parece que esta respuesta, lejos de venir de presuncion, nacia de un efecto sincero, y del amor tierno que entrámbos profesaban á Jesucristo: así se ve que el Salvador les aseguró que participarian de su cáliz; pero que en cuanto al puesto que habian de tener en su reyno, debian dexarlo á la disposicion de su Padre. La ambicion de los dos apóstoles desagradó á los otros diez, los que no dexáron de indignarse algún tanto.

contra ellos. El Salvador, que conocia el fondo de sus razones, y que queria curar la soberbia que hacia ambiciosos á los unos, y á los otros envidiosos, les llamó, y les dixo, que no debian parecerse á los grandes del mundo, que no buscan sino las preeminencias, y que dominan con imperio sobre sus súbditos: que en su servicio sucedia todo al contrario; el que quiere ser grande, debe ser un criado dispuesto á servir á todos los otros, á exemplo del Hijo del hombre, que no ha venido á ser servido, sino á servir, y á redimir las almas á costa de su vida.

## §. XLV.

*Se hospeda el Salvador en casa de Zaqueo.*

*Se cree que va á hacer parecer el reyno de Dios.*

*Júdas condena la devocion de Magdalena.*

Continuando el Salvador su viage, llega á Jericó, y da vista á dos ciegos. Habia en la ciudad un hombre llamado Zaqueo, príncipe de los publicanos y muy rico, el que habia mucho tiempo que tenia grandes deseos de ver á Jesucristo. Como la gente se lo estorbaba por ser pequeño de estatura, corrió adelante, y se subió á un sicómoro, en un sitio por donde el Salvador habia de pasar. En efecto, pasó por allí Jesus, y levantando los ojos, le vió, y le dixo: Zaqueo, baxa pronto, porque me conviene estar hoy en tu casa. Baxa Zaqueo al punto, y le hospeda en su casa con el mayor gozo. Mientras que muchas gentes murmuraban, diciendo que se habia ido á hospedar á casa de un hombre tan desacreditado por sus usuras, Jesus les hizo ver por la mudanza milagrosa que obró en el corazón del publicano, que habia entrado como un médico en la casa de un enfermo, sin otro fin que el de curarle; pues Zaqueo convertido va á postrarse á los pies del Salvador, y le dice: Señor, desde este mismo instante doy la mitad de mis bienes á los pobres; y si en alguna cosa he defraudado á alguno, le vuelvo cuatro tantos mas. Entonces el Salvador, lleno de gozo por haber vuelto al re-

baño aquella oveja descarriada, exclamó: Ha venido la salud á esta casa; y si Zaqueo fue mirado hasta aquí por los judíos como un extranjero y un pagano, su fe le ha hecho uno de los hijos de Abraham, no menos que lo son ellos.

Algunos de los que le oían con admiracion, creyeron que iba á aparecer bien presto el reyno glorioso del Mesías, tal como ellos se le figuraban; y que yendo Jesus á Jerusalem, podria muy bien en la fiesta de la próxima pascua, establecer este reyno, del cual les habia hablado tantas veces; pues no podian desimpresionarse de la idea que habian formado de la persona y reyno temporal del Mesías; pero el Hijo de Dios, que conocia sus pensamientos, les propuso una parábola, en que les daba á entender que todavía no habia llegado el tiempo en que el Mesías debia dexarse ver con todo su poder y magestad: que su reyno no se estableceria sino despues de haber sido maltratado él mismo por sus propios súbditos, los cuales no habian de querer reconocerle por el Mesías sino despues que sus siervos hubiesen padecido los mayores tormentos, y hubiesen sido tratados con la misma crueldad que su Señor; finalmente, que en el juicio final, que sería el gran dia de los premios y de las venganzas, sería propiamente cuando brillaría su magestad y su gloria á los ojos de todos los hombres.

Despues de este razonamiento se puso Jesus en camino para ir á Jerusalem, lo que sucedió seis dias antes de la fiesta de pascua. Llegado á Betánia, en donde habia resucitado pocos dias habia á Lázaro, hermano de Marta y de María, Simon, por sobrenombre el Leproso, quizá por haber sido curado de la lepra por el Salvador, le suplicó se dignase cenar con él. Lázaro fue uno de los convidados, y Marta quiso servir á la mesa. Durante la cena, María, hermana de Lázaro y de Marta, vino á derramar sobre los pies de Jesus un bálsamo muy oloroso de un nardo excelente, y de mucho valor; pues lo que derramó tanto sobre los pies como sobre la cabeza, se apreció en ciento y cincuenta libras ó pesetas. Llenóse toda la casa del olor del bálsamo. Júdas, aquel apóstol traidor, lo murmuró en voz bastante alta, diciendo: ¿A qué fin esta profusion y este engaño? No valia mas vender este precioso bálsamo, y darnos el dinero para distribuirlo á los po-

bres (*Matth. 26.*)? No hablaba así Júdas, añade el sagrado Historiador, por compasion á los pobres, sino porque era un ladrón, y como estaba encargado del bolsillo comun en que se echaban las limosnas que les daban para sus necesidades, y para repartir á los pobres, hubiera querido coger el precio de aquel bálsamo para satisfacer su avaricia. Viendo el Salvador que algunos, aun de sus discípulos, parecia desaprobaban lo que María acababa de hacer en obsequio suyo, aunque esto se practicase de ordinario en los convites entre los judíos, tomó por su cuenta la defensa de la Magdalena, é hizo su elogio. ¿Por qué contristais á esta muger? les dixo: lo que acaba de hacer es una obra muy buena; embalsamando con anticipacion mi cuerpo, ha prevenido el día de mi sepultura. Nunca os faltarán pobres con quienes podais ser caritativos, siempre los habrá entre vosotros; pero no siempre me tendréis á mí visiblemente sobre la tierra; y os añado, que lo que María acaba de hacer, será publicado y alabado en quantas partes sea predicado mi evangelio. Habiendo sabido muchas personas de Jerusalem la llegada de Jesus á Betánia, viniéron á verle, y á ver á Lázaro, á quien habia resucitado; todo esto inflamó la bilis de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, tanto, que pensáron en quitarle la vida á Lázaro, porque su resurreccion era una prueba la mas incontestable de la divinidad de Jesucristo, y le atraía todos los días nuevos discípulos.

Al otro día partió Jesus de Betánia; y luego que estuvo cerca de Betfagé, aldea situada á la falda del monte Olivete, á media legua de Jerusalem, dixo á dos de sus discípulos (*Matth. 21.*); Id á ese lugar que está delante de vosotros, encontraréis una jumenta, y junto á ella su pollino, en el que todavía no ha montado nadie, desatadlos, y traédmelos; y si alguno os preguntare qué es lo que vais á hacer, responderle solamente, que el Señor los necesita. Todo esto se hizo, dice el Evangelista, á fin que cuanto habia sido predicho del Mesías, se cumpliese, y en particular esta expresion del profeta Zacarías (*Zach. 9.*); Decid á la hija de Sion; esto es, á Jerusalem: he aquí á tu Rey, que viene á ti lleno de mansedumbre, montado en una jumenta, y en el pollino de la que lleva el yugo. Los discípulos obedecieron puntualmente al Maestro; y

habiendo sucedido todo como se les habia predicho, le traxéron la jumenta y el pollino; y habiendo puesto sus mantos encima, á manera de una gualdrapa, montó Jesus en ella.

## §. XLVI.

*La entrada de Jesucristo en Jerusalem.*

Muchos intérpretes son de parecer que Jesus montó al principio en la jumenta por no fatigar al pollino, el que siendo todavía jóven, con dificultad le hubiera podido llevar todo el camino; y que el Salvador baxó de la jumenta, y montó en el pollino cuando estuvo ya cerca de la ciudad. En efecto, el Profeta dice (*Zach. 9.*): *He aquí á tu rey, que viene á ti; este rey justo es el Salvador: es pobre, está montado en una jumenta, y en el pollino de la jumenta.* Todo es misterioso en la pasion de Jesucristo: todo, hasta las menores circunstancias, lleva impreso un carácter de verdad y de evidencia; y todo demuestra que el Señor es el Mesías, y que es Dios.

Toda la gente que habia ido á Jerusalem á asistir á la fiesta, y habia sabido la milagrosa resurreccion de Lázaro de boca de aquellos mismos que habian sido testigos del milagro, habiendo sabido que Jesus se encaminaba á Jerusalem, cogieron ramos de árboles y de palmas, y fueron á encontrarse con él, y á acompañarle: luego que llegaron adonde estaba Jesus, se pusieron delante de él, y empezaron á caminar, diciendo todos á voces: *Hosanna filio David*; que quiere decir: Gloria al hijo de David: viva el Rey de Israel: bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Era tan grande el gozo y la veneracion de aquel innumerable pueblo, que los unos tendian sus mantos y sus gabanes á lo largo del camino, y los otros cortaban ramas de los árboles, y las echaban por donde pasaba Jesus. Estando ya cerca de la ciudad, los discípulos, asaltados de un transporte de gozo á vista de la gloria que recibia su Maestro, juntáron sus cánticos de alegría con los del pueblo, y se pusieron á alabar á Dios por todas las maravillas que habian visto, diciendo á vo-

ces: *Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor: paz en la tierra, y gloria en el cielo.* Toda la gente, tanto los que iban delante del Salvador, como los que iban detrás y á los lados, juntaban sus aclamaciones con las de los discípulos, y gritaban por todas partes: *Hosanna*, gloria al hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: *Hosanna*, salud y gloria en lo mas alto de los cielos.

Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos no pudieron ver sin despecho las honras extraordinarias que se hacian á un hombre, cuya pérdida habian maquinado y resuelto: decíanse los unos á los otros: Veis aquí como no ganamos nada: veis aquí que todo el mundo corre tras él; y aun hubo algunos de ellos que mezclándose entre la gente, y no pudiendo disimular su indignacion, le dixéron á Jesus: Maestro, haz callar á tus discípulos; pero el Salvador les respondió con su acostumbrada mansedumbre: Os aseguro que cuando estos callaran, las piedras hablarían mas alto que ellos.

Luego que el Salvador llegó á ver la ciudad de Jerusalem, no pudo contener las lágrimas, pensando en las calamidades que habian de venir sobre ella y sobre toda la nacion en castigo de su extraña obstinacion en no querer reconocer al Mesías. Las lágrimas que derramó fueron acompañadas de esta queja y reconvencion amorosa: Desventurada ciudad, que hasta aquí no has querido conocer lo que debia hacerte sumamente feliz: ¿por qué tienes cerrados los ojos á la luz tanto tiempo ha?; Oh, si á lo ménos los abrieras en este día que es para ti un día de gracia y de paz: en este día en que la voz del pueblo, y hasta la de los niños te convida á reconocer y á admitir á tu Salvador y á tu Padre; pero estás ciega, y lo quieres estar! Sábete, pues, ciudad infeliz, que Dios que conoce tu ceguedad voluntaria te visitará en su furor: sabe que el tiempo de tu ruina está ya cerca: dentro de pocos años te verás sitiada de enemigos que te cercarán por todas partes, y que habiéndote forzado á rendirte, harán en tus habitadores una horrible carnicería: arrasarán tus muros, lo llevarán todo á sangre y á fuego en la ciudad, arruinarán de arriba á baxo todos tus soberbios edificios, y no dexarán en ti piedra sobre piedra: así te visitará el Señor irritado contra ti, por no ha-

berle querido recibir cuando te visitó como Salvador y como Padre. Con estas palabras hace ver claramente Jesucristo, que era mas sensible á las calamidades de Jerusalem, que á las aclamaciones que daba aquella gente. A su llegada se conmovió toda la ciudad, y todos preguntaban: ¿Quién es éste? Las turbas que le acompañaban, respondían: Qué ¿no sabeis que es Jesus de Nazaret, aquel gran profeta tan poderoso en obras y en palabras? No fueron solo los judíos los que mostraron las ansias que tenían de saber quién era.

Algunos gentiles de los que habian ido á Jerusalem á adorar á Dios el día de la fiesta, no mostraron ménos deseos de verle: es posible que estos gentiles eran la mayor parte prosélitos, que pensaban abrazar el judaismo, ó á lo ménos que creían y adoraban un solo Dios. Encamináronse desde luego á Felipe, manifestándole el deseo que tenían de ver á Jesucristo. Felipe se lo dixo á Andres, y entrámbos se lo dixeron á su Maestro. Jesus, que se preparaba á merecer con su muerte la salvacion de los gentiles, no ménos que la de los judíos, respondió á los apóstoles que habia llegado la hora en que iba á ser glorificado; y que como el grano de trigo no fructifica sino despues de haber muerto en la tierra en donde ha sido arrojado, á este modo su muerte sería semilla de una abundante mies: que los fieles, que serían el fruto de su muerte, aprenderían á imitacion suya á aborrecer su vida en este mundo, á fin de conservarla para el otro; y que caminando sobre sus huellas, llegarían á la mansion de los bienaventurados.

Queriendo el Salvador prevenir el pensamiento que podrían tener algunos de que las humillaciones y la muerte nada habian tenido de amargo y de terrible para él: que siendo Dios habria embotado las puntas del dolor, y disipado todos los terrores de la muerte, quiso sentirlos y experimentarlos, y esto sin admitir alivio: para ello excitó voluntariamente en su alma una agitacion tan viva, que le obligó á decir (*Juan. 12.*): Mi espíritu está conturbado; ¿qué diré? Padre mio, líbrame de esta hora. Luego, como para serenarse á sí mismo, añadió: Pero para esta hora vine al mundo. La turbacion que el Salvador manifiesta aquí á vista de su pasion, le era enteramente libre, como tambien la que manifestó pocos dias despues en el huerto de las

Olivas, dice un erudito intérprete; y añade que la perfecta conformidad que habia entre la voluntad humana y la divina de Jesucristo, no disminuía en nada la vivacidad del sentimiento que debia producir en la parte inferior la idea de una muerte cruel; ni este sentimiento se oponía á la sumision que tenia á las órdenes de su Padre, á las cuales se habia sujetado él mismo libremente; y así añadió: Padre, glorifica tu nombre; como si hubiera dicho: pues tú quieres que mi muerte sirva á tu gloria, no pido sino que se cumpla tu voluntad. Entonces se oyó una voz del cielo, que dixo: *Le he glorificado, y todavía le glorificaré* por los prodigios que ha obrado ya, y por los que obrará en lo por venir.

## §. XLVII.

*Predice el Salvador la conversion de los gentiles á la fe.*

Los que estaban presentes, y habian oido esta voz, dixéron unos, que era el ruido de un trueno; otros, que era un ángel que le habia hablado; pero Jesus les dixo: Esta voz no es por mí, sino por vosotros; y para significar los efectos que habia de obrar la muerte que padecería en la cruz; ahora es, añadió, cuando se va á hacer justicia al mundo, que hasta aquí parecia insultar impunemente á Dios: ahora es cuando el príncipe de este mundo va á ser echado fuera, y destruido del imperio que habia usurpado sobre el espíritu y el corazon de los hombres: para ello la idolatría será abolida, y los gentiles serán llamados á la fe: os digo tambien, continuó, que cuando fuere elevado de la tierra (en la cruz), atraeré á mí todas las cosas, judíos, gentiles, griegos y bárbaros: para mí no habrá aceptación de personas: abriráse el cielo á todos los hombres: ningun pueblo será excluido de la alianza del Señor; y yendo como voy á morir por la salvacion de todos los hombres, no habrá hombre que no pueda tener parte en el beneficio de la redencion. Decia esto, advierte el Evangelista, para significar el género de muerte que habia de tener. Bien lo comprendieron los judíos, y esto fué lo que les hizo decir: ¿ Como se componia la muerte del Hijo del hombre, con lo que la

Escritura decia que Cristo debia permanecer eternamente? ¿ Y cómo dices tú, añadieron, que es necesario que el Hijo del hombre sea levantado? ¿ Quién es este Hijo del hombre? A esto les respondió el Salvador, que todavía tenian consigo la luz por un poco de tiempo: Andad, pues, les dixo, mientras que teneis luz, porque cuando es de noche, no es ya tiempo de caminar ni de obrar: mientras que teneis con vosotros la luz, aprovecháos de ella; como si les hubiera dicho: de hoy en mas es poco el tiempo que tengo de vivir con vosotros: aprovecháos de la facilidad que mi presencia os da de salvaros: va á llegar el momento en que los que no hubieren querido creer en mí, serán abandonados á sus tinieblas, y á su voluntaria ceguedad.

Dicho esto, se retiró Jesus, y se les desapareció, juzgando que despues de tantos milagros como habia obrado inútilmente á vista de ellos, era inútil hablarles mas. Todo esto pasó en el templo, de donde á su llegada habia arrojado á los que le profanaban con el mas indigno tráfico. Aquella misma tarde se volvió Jesus á Betánia con sus apóstoles; el dia siguiente por la mañana volvió á Jerusalem: en el camino, habiéndose acercado á una higuera, y no habiendo hallado en ella fruto, la maldixo, aunque no era tiempo de higos; secóse el árbol al instante, lo que le hizo decir á los apóstoles, que parecieron sorprenderse del caso; que aquello era figura que debia hacerles entender que el fiel jamás debe estar sin fruto. Habiendo entrado en el templo, se vió rodeado de muchas gentes, entre las cuales habia muchos escribas y fariseos, los que habiendo oido la parábola que les propuso entonces de los convidados á la boda del hijo del rey, y que se excusaron todos de admitir la honra que el rey les hacia; y la del amo que entrega el dinero á sus criados para negociar con él, y que castiga severamente al criado haragan é infiel, por no haber aumentado con la negociacion la suma que habia recibido: finalmente, habiendo oido todo lo que Jesus dixo del juicio final, y de la terrible sentencia del soberano Juez, conocieron claramente que era de ellos de quienes hablaba Jesus. Viéndose, pues, pintados en la mayor parte de sus parábolas, y reventando de despecho, hubieran querido prenderle: pero no se atrevieron á echarle la mano, temiendo ser maltratados del pueblo. Como la hora de Jesus era ya llegada, no

se ocultaba de ellos: por el día se dexaba ver en el templo, y por la tarde se retiraba al monte Olivete á pasar la noche en oracion.

## §. XLVIII.

*Deliberan los judíos sobre los medios de prender á Jesucristo.*

**D**os dias antes de la fiesta de pascua; es á saber, el miércoles, los enemigos del Salvador, que eran todos los principales de la sinagoga, y los escribas y fariseos, se juntaron en la sala del sumo sacerdote Cayfas: tuviéron allí su consejo para deliberar entre ellos cómo harian para prender á Jesus. Puede decirse que el furor y la rabia que tenian los príncipes de la sinagoga, los doctores de la ley y los fariseos por quitarle la vida á Jesucristo, no eran solamente efecto de su envidia y de su malignidad, sino tambien de sus remordimientos. Por maligna y viva que fuese su aversion y su ódio contra el Salvador del mundo porque no se las habia ahorrado con ellos, y porque quitándoles la mascarilla les habia descubierto todos sus desórdenes, su soberbia y su hipocresía; sin embargo, la prodigiosa muchedumbre de maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, el cumplimiento de las profecías tocantes al Mesías, tan visible en la persona y en la conducta de Jesucristo: la época del tiempo y la perfecta semejanza que veían, mal que les pesase, entre Jesus de Nazaret y la pintura que los profetas habian hecho del Mesías; todo esto, á pesar de su terca obstinacion, les hacia sospechar que aquel hombre tan poderoso en obras y en palabras fuese verdaderamente el Hijo de Dios, como él mismo lo aseguraba. Para calmar las inquietudes de su conciencia y serenarse, se habian imaginado que si podian conseguir el prenderle, y hacerle morir en una cruz, sería ésta una prueba visible de que Jesus, lejos de ser el Mesías, era un impostor. Así discurrían por la falsa persuasion en que estaban de que debiendo el Mesías reynar eternamente, no podía morir con una muerte ignominiosa. Por esto, viendo al Salvador á punto de espirar en la cruz, le decían insultán-

le: Si eres el Hijo de Dios, baxa de la cruz: si es el Mesías, baxe ahora de la cruz, y creeremos en él.

## §. XLIX.

*Entrega Júdas á su divino Maestro por la suma de treinta dineros.*

**H**abiéndose, pues, juntado en casa de Cayfas los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y fariseos, concluyéron que se debía prender á Jesus, y quitarle la vida; pero como temían al pueblo, el cual le tenia en una gran veneracion, resolvieron dexar pasar la fiesta de pascua, no fuese que se levantase algun tumulto en el pueblo en un tiempo en que toda la ciudad estaba llena de extrangeros, los que no le miraban con ménos veneracion que los mismos habitantes. Pero el Salvador, de quien el Cordero pascual era figura tanto tiempo habia, tenia determinado morir el día de pascua; por esto permitió que el demonio, cabeza invisible de la conspiracion, y que tenia el mismo designio que ellos, hiciese nacer un incidente que los determinó á no diferir la execucion de su empresa. Habíase hecho dueño el demonio del alma del impío Júdas, uno de los doce apóstoles. Este traidor fué á presentarse al congreso, y ofreció entregarles seguramente á su divino Maestro, mediante una suma de dinero. Gozosos de haber hallado una ocasion tan favorable á sus intentos, y que no la esperaban, le prometiéron treinta piezas de plata, que hacen unas cincuenta libras de moneda de Francia, y las mismas pesetas de la de España; este era el precio ordinario de un esclavo, y á este vil precio quiso ser vendido el soberano Señor del cielo y tierra. Entonces se cumplió lo que habia dicho el profeta Jeremías, Recibiéron treinta monedas de plata, precio en que apreciaron los hijos de Israel al que prendieron (*Matth. 26.*). No se duda que este pasage que cita san Mateo ha sido suprimido maliciosamente por los judíos, por estar en él pintado con colores demasiado vivos su delito; sin embargo, todavía se encuentran en algunos antiguos manuscritos, escapados á su malicia, en estos términos: *Entonces Jeremías dixo á Fasur ( Era*